

Razones para que las personas no santificadas busquen la santidad

Hebreos 12:14

Quiero dirigirme de una manera especial a los no santificados. Si la santidad real es la única forma de felicidad verdadera, y habiendo comprendido que sin santidad en la tierra los hombres nunca tendrán la bendición beatífica, es decir, no podrán ver a Dios en el cielo, entonces, ¿cómo provocar a los impíos para que se esfuercen y echen mano a la obra de perseguir esta santidad que les permitirá ver a Dios y disfrutar para siempre de la verdadera felicidad que radica en Él y solo en Él?

Lo que vamos a hacer en este estudio es lo siguiente:

Primero, propondré algunas razones con el fin de provocar vuestros corazones para que busquen la santidad.

Segundo, voy a proponer algunos medios para obtener esta santidad.

En tercer lugar, responderé a algunas objeciones que levantan los hombres y trataré de eliminar algunos obstáculos que impiden el perseguir y trabajar en esta santidad real.

I. Motivos y consideraciones para provocar a todas las personas no santificadas a buscar la santidad real.

1. En primer lugar, consideremos la necesidad de la santidad. Es imposible que usted sea eternamente feliz, a menos que sea santo en la tierra. Sin santidad aquí, no hay felicidad allá. Las Sagradas Escrituras nos hablan de tres personajes que entraron corporalmente al cielo: Enoc, quien vivió antes de la ley; Elías, bajo la ley y Jesús, en el evangelio. Los tres se caracterizaron por algo en especial, fueron eminentes en santidad.

Ahora hay muchos miles de santos en el cielo, pero ningún impío está entre ellos. No hay un solo pecador que viva entre los santos triunfantes, ni una sola cabra entre las ovejas del Señor; ni una sola mala hierba entre sus flores preciosas; ni una espina entre sus amadas rosas; ni una piedra tosca entre sus brillantes diamantes.

No hay un solo Caín entre todos los Abeles, ni un Ismael entre todos los Isaacs, ni un Esaú entre todos los Jacobs que hay en el cielo. No hay ni un solo Saúl entre todos los profetas del cielo, ni un Judas entre todos los apóstoles, ni un Demas entre todos los predicadores, ni

un Simón el Mago entre todos los maestros que habitan el cielo. El cielo es sólo para el hombre santo, y el santo hombre sólo es para el cielo.

El cielo es una prenda de gloria que solo puede tener el santo. Dios, que es la verdad misma, y no puede mentir, ha dicho: *Sin santidad, ningún hombre verá al Señor.*

Subraye la palabra “*nadie*”. Sin santidad el hombre rico no verá al Señor. Sin santidad el pobre no verá al Señor. Sin santidad el príncipe no podrá ver a Dios, y sin santidad el campesino no verá al Señor. Sin santidad el gobernante no puede ver a Dios y sin santidad los gobernados tampoco lo verán. Sin santidad el hombre inteligente no verá al Señor, y tampoco lo verá el ignorante. Sin santidad el marido no puede ver a Dios, y tampoco la esposa lo verá. Sin santidad el padre no puede ver a Dios, y sin santidad el hijo tampoco lo verá: “*Porque la boca de Jehová lo ha dicho*” (Is. 1:20).

El camino de la santidad es el camino antiguo: “*Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma*” (Jer. 6:16). El camino de la felicidad celestial es la santidad: “*Y habrá allí calzada y camino, y será llamado Camino de Santidad; no pasará inmundo por él, sino que él mismo estará con ellos; el que anduviere por este camino, por torpe que sea no se extraviará*” (Is. 35:8). Algunos hombres dicen: Miren, aquí está el verdadero camino; otros hombres dicen: no, ese no es el camino, hay otro. Pero sin duda, el camino de la santidad es el camino más seguro y más noble hacia la verdadera felicidad.

En los templos paganos nadie entraba al templo del honor, si primero no ingresaba al templo de la virtud. No hay entrada al templo de la felicidad eterna, a menos que usted ingrese al templo de la santidad. La santidad debe entrar en ti antes de que puedas ingresar al santo monte de Dios.

Así como Sansón exclamó: “*Dame agua, o me muero*”, o como Raquel que dijo: “*Dame hijos o me muero*”, todas las almas no santificadas debieran gritar: “*Dame la santidad, o me muero. Dame la santidad o moriré eternamente*” (Salmo 15).

Amigos, no engañen a sus propias almas, la santidad es absolutamente necesaria, sin ella nunca verán al Señor: “*Cuando se manifestó el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni*

obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron” (2 Ts. 1:7-10).

No es absolutamente necesario que usted deba ser grande o rico en este mundo, pero es absolutamente necesario que usted sea santo. No es absolutamente necesario que usted deba disfrutar de salud, fuerza, amigos, libertad, esposo o esposa; pero es absolutamente necesario que usted sea santo. Un hombre podrá ver a Dios sin prosperidad mundana, pero él nunca verá al Señor sin santidad. Un hombre podrá disfrutar del cielo y de la verdadera felicidad sin honor ni gloria mundana, pero nunca podrá disfrutar del cielo y de la verdadera felicidad sin santidad. Sin santidad ahora, no hay cielo después. El apóstol Juan dice de la santa y dichosa ciudad eterna: *“No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Ap. 21:27).*

Amigos, la santidad es una flor que no crece en el jardín de la naturaleza humana caída. Los hombres no nacen con la santidad en su corazón. La santidad es de una descendencia divina, es una perla preciosa que no se encuentra en el hombre natural, sino en la naturaleza renovada.

No hay el menor rayo ni la más pequeña chispa de santidad en el hombre natural, es decir, en el hombre tal y como viene a este mundo a través de sus padres: *“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gén. 6:5).* *“¿Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios? ¿Y cómo será limpio el que nace de mujer? He aquí que ni aun la misma luna será resplandeciente, ni las estrellas son limpias delante de sus ojos; ¿Cuánto menos el hombre, que es un gusano, y el hijo de hombre, también gusano?” (Job 25:4-6).* Todos los nacidos de mujer nacen en pecado y maldad, la corrupción está en ellos. Todo el que nace en este mundo viene con su rostro hacia el pecado y el infierno, dándole la espalda a Dios y a la santidad. Tal es la corrupción de nuestra alma, que proponer algún bien divino en ella, es como proponer que el agua y el fuego se unan, o que una chispa

encienda la madera húmeda. Más, proponer el mal al alma, es como prenderle fuego a la paja: *“Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”* (Ro. 3:10-12).

Todos los hombres son pecadores natos: *“Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento”* (Is. 64:6). Siendo esta la condición humana, sólo un poder infinito podrá convertirlos en santos. Todos los hombres desean ser felices, sin embargo, es natural en ellos odiar la santidad. Así como el alimento es necesario para la vida, la santidad es indispensable para la preservación y salvación del alma. Un hombre puede tener la sabiduría de Salomón, la fuerza de Sansón, la valentía de Josué, el poder de Asuero y la elocuencia de Apolos; todo esto, sin santidad, no le permitirá ver a Dios.

2. En segundo lugar, consideremos esto: existe la posibilidad de obtener la santidad real. La santidad es una mina de oro que se puede conseguir, pero hay que cavar, sudar y buscarla. *“Si inclinares tu corazón a la prudencia; si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor de Jehová, y hallarás el conocimiento de Dios. Porque Jehová da la sabiduría, y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia. Él provee de sana sabiduría a los rectos; es escudo a los que caminan rectamente”* (Prov. 2:2-7).

La santidad es una flor del paraíso que puede ser recogida, es una corona que se puede poner, es una perla de gran precio que se puede encontrar. Pero si se quiere obtener, hay que separarse de lo que provoca el mal en el hombre: el mundo, la carne y el diablo: *“La noche está avanzada y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne”* (Ro. 13:12-14).

Aunque algunos de los atributos de Dios son comunicables, sin embargo, la santidad es un atributo comunicable, y esto debe animarlo poderosamente a buscar la santidad.

Amigos recuerden esto: es posible que sus corazones orgullosos sean humillados, es posible que sus corazones endurecidos sean ablandados, es posible que sus corazones impuros sean santificados, es posible que su mente ciega y en tinieblas sea iluminada, es posible que su voluntad rebelde sea domesticada, es posible que sus emociones desordenadas sean reguladas, es posible que sus conciencias adormecidas y contaminadas puedan ser despertadas y limpiadas, es posible que su naturaleza vil pueda ser transformada.

Hay varias cosas que testifican que la santidad es alcanzable, veamos algunas de ellas:

a. Dios prometió dar su Espíritu a los que se lo pidan: *“Pues, si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”* (Lc. 11:13). El Espíritu Santo es el don más valioso del mundo, más que el cielo mismo, y sin embargo, es dado para que los hombres sean santos. Dios está dispuesto a dar su Espíritu a los que preguntan por él. El Espíritu Santo es el espíritu de santidad, él es santo en sí mismo, y es al autor de toda santidad en el hombre: *“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”* (Jn. 3:6; 1 Cor. 6:11; Tito 3:5).

Es el Espíritu Santo el que mueve con fuerza a los hombres y los persuade hacia la santidad al presentarles su belleza y gloria. Es el Espíritu Santo el que siembra la semilla de la santidad en el alma. Es el Espíritu Santo el que hace que esa semilla pueda crecer hasta la madurez.

Nada puede provenir del Espíritu Santo, sino lo santo. El Espíritu Santo es el principio de toda la santidad que hay en el mundo, y este maravilloso Espíritu de Dios ha sido prometido a los que son impíos: *“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu; y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra”* (Ez. 36:25-27).

El Espíritu Santo es un don gratuito, un noble y precioso regalo; un glorioso regalo que Dios otorgará a los impuros, a los no santificados, para que puedan ser limpiados y santificados, para que puedan ser aptos para el servicio al Señor. Es posible que usted

pueda ser un santo: *“Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra”* (2 Tim. 2:21).

b. Dios ha dado su Santa Palabra con el propósito de llevar a los hombres a la santidad. Sus mandamientos son santos, justos y buenos. Sus amenazas son santas, justas y buenas. Todas sus promesas son santas, justas y buenas: *“De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno”* (Ro. 7:12; Det. 4:6-9; Lc. 1:70-76). Las Sagradas Escrituras fueron escritas con el dedo de la santidad, de modo que nos mueven hacia lo santo, y nos hacen trabajar en pos de lo bueno y justo. Toda la Palabra de Dios es una carta de amor que busca provocarnos hacia la santidad, y la promueve en nosotros. Los mandatos sagrados nos deben persuadir dulcemente hacia la santidad, las santas amenazas deben obligarnos hacia la santidad y las santas promesas deben atraernos en amor hacia la santidad, a abrazarla y practicarla.

El gran designio de Dios al enviar desde el cielo este libro sagrado escrito con letras de oro, es enamorar a los hombres con el amor y la belleza de la santidad. Insisto, es posible que usted pueda alcanzar la santidad.

c. Dios ha enviado a sus santos embajadores con el fin de convertir a los hombres *“de la oscuridad a la luz, y de la potestad de Satanás a Jesucristo”*. El gran negocio y trabajo de los ministros del evangelio es tratar con usted acerca de la santidad, que usted sea atraído y siga la santidad. Los ministros predicarán y orarán por usted para que sean eliminados todos los obstáculos que impiden el que usted abrace la santidad. Los pastores proponen toda clase de estímulos para que usted conquiste la santidad. Cuando el Señor llamó a Saulo para el ministerio le dijo: *“...porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro...de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados”* (Hch. 26:18). Si esa es la misión que Dios ha dado a sus ministros, entonces, es posible que usted pueda ser un santo.

d. Dios ha dejado los santos ejemplos de todos los patriarcas, profetas y apóstoles con el fin de provocarte a la santidad. Sus ejemplos santos son como estrellas radiantes que quedaron

registradas en las páginas sagradas con el fin de provocarnos a la santidad. El ejemplo de los santos que ahora están triunfantes en el cielo nos muestran que la santidad es alcanzable. En sus santos ejemplos usted puede ver que la santidad es una joya que se puede adquirir. Por esa santidad que otros han alcanzado, los pecadores deben ver que es posible llegar a ser un santo.

e. El testimonio de todos estos santos en la Biblia, evidencia que es posible para un pecador llegar a la santidad, pues, todos ellos eran pecadores, como los demás hombres nacidos de mujer. Miremos a Adán, él fue creado en un estado de inocencia. Era perfecto en su integridad y santidad. Fue investido de justicia para que pudiera vivir como un justo, en sabiduría, amor, rectitud, pureza y santidad delante de Dios; el cual era para Adán su gran bien y su todo.

Sin embargo, en la altura de toda su gloria, Adán cayó en rebelión y apostasía contra Dios. Él violó la ley justa, afrontó la justicia de Dios y provocó Su ira. El pecado de Adán fue un pecado voluminoso. Toda clase de pecados escandalosos estaban incluidos en la maldad de Adán: rebelión, traición, orgullo, incredulidad, blasfemia, desprecio a Dios, ingratitud, robo, asesinato, idolatría, entre otros.

Adán fue una vez la maravilla de todo entendimiento, perfecto en conocimiento y sabiduría, la imagen de Dios, el gozo del cielo, la gloria de la creación, el gran señor del mundo y el amado de Dios. Pero cuando cayó en el pecado, se redujo a lo más bajo, pobre y miserable. Su estado vino a ser peor que el de las bestias; pero Dios lo perdonó, lo cambió y lo santificó; Dios estampó en él, nuevamente la imagen de la santidad, cuando hizo con él un pacto en Cristo (Gén. 3:15).

La Biblia nos dice que Manasés era un gran pecador, sus pecados habían llegado hasta el cielo, su alma estaba lista para ir al infierno, él había practicado toda clase de maldad: *“De doce años era Manasés cuando comenzó a reinar, y cincuenta y cinco años reinó en Jerusalén. Pero hizo lo malo ante los ojos de Jehová, conforme a las abominaciones de las naciones que Jehová había echado de delante de los hijos de Israel: porque él reedificó los lugares altos que Ezequías su padre había derribado, y levantó altares a los baales, e hizo imágenes de Asera, y adoró a todo el ejército de los cielos, y les rindió culto. Edificó*

también altares en la casa de Jehová, de la cual había dicho Jehová: en Jerusalén estará mi nombre perpetuamente. Edificó asimismo altares a todo el ejército de los cielos en los dos atrios de la casa de Jehová. Y pasó sus hijos por fuego en el valle de los hijos de Hinom; y observaba los tiempos, miraba en agujeros, era dado a adivinaciones, y consultaba a adivinos y encantadores: se excedió en hacer lo malo ante los ojos de Jehová, hasta encender su ira. (Pensaríamos que este es el colmo de la maldad, y que no es posible caer más bajo en el lodo del pecado, pero no es así, él pecó aún con mayor fuerza) Además de esto puso una imagen fundida que hizo, en la casa de Dios, de la cual había dicho Dios a David y a Salomón su hijo: En esta casa y en Jerusalén, la cual yo elegí sobre todas las tribus de Israel, pondré mi nombre para siempre... Manasés, pues, hizo extraviarse a Judá y a los moradores de Jerusalén, para hacer más mal que las naciones que Jehová destruyó delante de los hijos de Israel. Y habló Jehová a Manasés y a su pueblo, mas ellos no escucharon. Por lo cual Jehová trajo contra ellos los generales del ejército del rey de los asirios, los cuales aprisionaron con grillos a Manasés, y atado con cadenas lo llevaron a Babilonia. Mas luego que fue puesto en angustias, oró a Jehová su Dios, humillado grandemente en la presencia del Dios de sus padres. Y habiendo orado a él, fue atendido; pues, Dios oyó su oración, y lo restauró a Jerusalén, a su reino. Entonces reconoció Manasés que Jehová era Dios” (2 Cro. 33:1-9). El resto del capítulo habla de la santidad de Manasés y como se apartó de todas sus maldades. El caso de Manasés es evidencia de que no hay corazón tan malo que la gracia de Dios no pueda transformar en un santo. Amigo, si tú eres ese pecador, para ti aún hay esperanza.

Pablo también fue un gran pecador. Si él hubiese ahondado un poco más en su maldad, habría caído en el pecado imperdonable contra el Espíritu Santo.

En 1 Timoteo 1:3, Pablo da una breve reseña de sus grandes transgresiones. Él blasfemó contra Dios y contra Cristo. Blasfemó contra aquel a quien debía temer y blasfemó contra aquel a quien debía abrazar dulcemente, y blasfemó contra las verdades que debía creer. Pablo fue un gran perito en la escuela de la blasfemia. Él era un perseguidor (Hch. 9 y 26:11). Persiguió a los santos y pobres siervos de Cristo, hizo todo lo posible para convertir la vida de los cristianos en un infierno. Era un lobo rapaz que no tuvo compasión del rebaño

de Cristo. Era una persona muy mala, llena de maldad, que se complacía haciendo sufrir a los santos. Era un verdadero enemigo de la santidad. No escatimaba género, sino que echó en la cárcel a hombres y mujeres. No tuvo compasión de sus niños, ni de las embarazadas, ni de las viudas.

Sin embargo, este blasfemo, perseguidor y cruel hombre, llegó a ser un cristiano santificado, un eminente santo, un modelo de santidad para todos los cristianos en todas las épocas.

Quiero traerles un último testimonio de gente no santificada. El apóstol Pablo en 1 Corintios 6:9-10 dice: *“¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios.”* Estos pecadores con sus pecados monstruosos eran más que suficiente para provocar otro diluvio universal sobre la tierra. Sus horrendas maldades pudieron provocar la ira de Dios al punto que el infierno descendiera sobre ellos, como antes lo había hecho con los corruptos de Sodoma y Gomorra; o pudieron provocar la ira de Dios haciendo que la tierra abriera su boca y los tragara vivos, como antes había hecho con los impíos Coré, Datán y Abirán. Sin embargo, algunos de ellos fueron transformados por la gracia de Dios y llegaron a ser santificados. El verso 11 dice: *“Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.”* ¡Oh!, la infinita bondad, la infinita gracia, la infinita sabiduría y el poder de Dios que ha perdonado, lavado, santificado y purificado tales almas culpables, sucias y contaminadas. El peor de los pecadores nunca debe dudar que la gracia de Dios lo pueda santificar, porque muchos viles y profanos hombres ya fueron convertidos en santos. No te olvides de Mateo el injusto cobrador de impuestos, o de Zaqueo que había robado a muchas personas, o de María Magdalena que era una sucia pecadora.

Si la exposición de la Palabra te hizo ver como un sucio pecador, tan malo como los personajes mencionados, entonces te invito para que acudas a Cristo, lo mires sangrante en la cruz del Calvario, le ruegues tenga misericordia de ti, que te de su Espíritu Santo; y

entonces, podrás ver cómo tus pecados son perdonados, tu naturaleza pecaminosa es cambiada por un nuevo hombre, santo y amante de la justicia; sólo entonces podrás saber que tendrás la dicha de ver a Dios.

3. En tercer lugar, considera esto: La verdadera santidad es el honor y la gloria del ser humano. La santidad y el honor están unidos: *“Pues, la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor”* (1 Tes. 3-4). El cuerpo es el instrumento del alma, la santidad y la castidad del cuerpo son el honor del cristiano, la pureza corporal también es su gloria. Dice Pablo que el que guarda a su esposa en santidad, también conserva su honor. La santidad es la mayor dignidad que el hombre mortal pueda tener, ésta es su mayor promoción o exaltación. La santidad es la verdadera grandeza y la verdadera nobleza del alma.

“Y Jehová ha declarado hoy que tú eres pueblo suyo, de su exclusiva posesión, como te lo ha prometido, para que guardes todos sus mandamientos, a fin de exaltarte sobre todas las naciones que hizo, para loor y fama y gloria, y para que seas un pueblo santo a Jehová tu Dios, como él ha dicho” (Det. 26:18-19). No hay nada que levante a un pueblo tan alto, y que lo haga tan famoso y verdaderamente glorioso, como la santidad. La santidad es la alabanza, la fama, la corona y la gloria de un pueblo. La santidad es la diadema, la belleza y la excelencia de una ciudad o de un país. La santidad es la fuerza, el honor y las riquezas de un pueblo. La santidad es la imagen de Dios, es el carácter de Cristo. La santidad es un rayo de luz de la naturaleza divina, una chispa de la gloria de Dios, que es la vida de sus vidas, y el alma de sus almas. Muchas ciudades esperan sobresalir por su belleza material, su prosperidad económica, sus puentes elevados, y la educación de su gente; pero esta no es la gloria verdadera de una ciudad. Sólo la santidad hace que un pueblo pueda superar en honor a todos los pueblos del mundo.

Observa cómo la santidad de Dios es su gloria, la santidad de los ángeles es su gloria y la santidad de la iglesia es su gloria: *“¿Quién como tú, oh Jehová entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad?”* (Éx. 15:11); *“Tus testimonios son muy firmes; la santidad conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre”* (Sal. 93:5). Cristo

quiere presentarse “a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Ef. 5:27). La santidad de una persona en particular es la gloria de esa persona.

¿Sabe usted porqué Jabes fue más ilustre que sus hermanos? Porque él era más santo que todos ellos: “Y Jabes fue más ilustre que sus hermanos, al cual su madre llamó Jabes, diciendo: Por cuanto lo di a luz en dolor. E invocó Jabes al Dios de Israel diciendo: ¡Oh, si me dieras bendición, y ensancharas mi territorio, y si tu mano estuviera conmigo, y me libraras de mal, para que no me dañe!” (1 Cro. 4:9-10). La santidad es la verdadera nobleza y el más grande honor en el mundo.

Romanus, el mártir cristiano nacido de padres nobles, suplicó a sus perseguidores que no le favorecieran por su nobleza, “porque no lo es”, dijo él, “la sangre de mis antepasados, la fe cristiana es lo que me hace noble.” David pensó que el ser rey no es una cosa tan honorable, como el ser un portero en la casa de Dios. Teodosio, el emperador, prefirió el título de miembro de la iglesia, antes que el de cabeza del imperio, profesando que había mejor bien en ser un santo y no un rey. Lutero dijo que era mucho mejor ser un asno cristiano que un emperador pagano. Estos santos hombres sabían muy bien que la santidad es lo más excelso de todo su honor y gloria.

Pecadores, recuerden esto: la santidad es el camino para alcanzar el más alto honor, por lo tanto, si usted quiere ser verdaderamente honorable, eche mano a la verdadera santidad. El que se acostumbra a vivir sin santidad, debe estar contento con ver a su honra sepultada mientras viva. Honor sin santidad no es más que un viento que empujará al hombre al infierno. Honor sin santidad no es más que una gran nada, una ilusión gloriosa. Todo el honor, la pompa y la gloria de este mundo no es más que fantasía.

Muchos hombres reciben grandes reconocimientos y honores por sus logros mundanos. Unos reciben glorias por ser buenos deportistas, otros por sus grandes descubrimientos científicos, otros por sus habilidades artísticas; pero este honor, sin santidad, no es más que fantasía. Sepan que el honor que acompaña a la santidad es el verdadero honor, el más alto honor, el más feliz honor, la forma más segura de honor, el más puro honor, el honor más duradero y permanente.

Muchos hombres han recibido honores terrenos, pero estos pronto pasan, más el honor que acompaña a la santidad irá a la tumba con él, y le acompañará a los cielos.

Algunos paganos están cansados de sus honores, pero el honor que acompaña a la santidad no es una carga para el cristiano.

Pecador, si quieres ser ambicioso, ambiciona el honor que viene con la santidad.

4. En cuarto lugar: la santidad es muy atractiva, inspira amor y llama a la alegría. La santidad es como un perfume precioso cuyo olor se extiende, y es agradable y encantador. La mujer sunamita le dijo a su marido, hablando del profeta Eliseo: *“He aquí ahora, yo entiendo que éste que siempre pasa por nuestra casa, es varón santo de Dios. Yo te ruego que hagamos un pequeño aposento de paredes, y pongamos allí cama, mesa, silla y candelero, para que cuando él viniere a nosotros, se quede en él”* (2 Rey. 4:9-10). La santidad del espíritu del profeta, la santidad de sus principios, la santidad de su comportamiento y la santidad de su vida lo hicieron atractivo ante esta gran señora. La historia nos habla de muchos infieles que han sido ganados a la fe cristiana por la atracción de la vida santa de los creyentes.

La iglesia apostólica tenía un gran atractivo hacia muchas personas: *“Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”* (Hch. 2:46-47). Lo que hizo congregar a estos santos con el pueblo fue el ejercicio de la santidad, fue su dulce unidad, su noble caridad, su santa familiaridad y su constancia cristiana, esto les permitió hallar favor ante el pueblo.

La santidad visible es como un imán que atraerá los ojos y el corazón: *“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la Palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas”* (1 P. 3:1). Una vida santa es una vida que gana a otros. La vida santa de la mujer puede ser la conversión del marido. La santidad, sabiduría, vigilancia y castidad de una mujer puede ser el atractivo para la conversión de su esposo. Más de un marido ha sido ganado para Cristo por la santidad de

vida de su esposa, y más de una mujer ha sido ganada por la vida santa del marido. Muchos estudiantes han sido ganados por la santidad de su maestro, y viceversa.

Se cuenta que la vida santa de una pobre doncella cautiva hizo que un rey y toda su familia abrazaran la fe cristiana. En tiempos de las persecuciones romanas, Cecilia, una pobre joven cristiana, por su comportamiento santo y piadoso durante su martirio, fue el instrumento para la conversión de 400 personas. Muchas almas han sido ganadas por el discurso silencioso de una vida santa. Mónica, la madre de Agustín, ganó a su marido, que era un practicante del maniqueísmo, no por la fuerza de sus argumentos, sino por la pureza y castidad de su vida.

Justino Mártir confesó que la constancia de los cristianos en su piedad y en sus sufrimientos fue el motivo principal que lo atrajo al cristianismo, “Porque yo mismo”, dice él, “fui una vez platónico, y con mucho gusto oía los insultos contra los cristianos, pero cuando vi que ellos no temían a la muerte, ni a ninguna de esas miserias que asustan a los demás hombres, empecé a considerar que era imposible que tales hombres pudieran ser amantes de los placeres; más bien eran amantes de la piedad, y esto hizo que me volviera un cristiano.”

La santidad es tan hermosa y encantadora, que hace a los hombres amables y encantadores ante los ojos de sus enemigos. La santidad hace que el rostro de un hombre resplandezca como brilló el rostro de Moisés y el de Esteban.

Una chispa o un rayo de la santidad, sin duda tendrá una influencia sobre los espíritus de los hombres, ya sea para refrenarlos o cambiarlos, para ganarlos o ayudarles a mejorar su situación.

Las vidas impías de muchos que se llaman cristianos hacen que la gente blasfeme contra Dios, que no quieran saber nada de Cristo. La liviandad espiritual y moral de muchos cristianos hace que la gente desprecie a Cristo, y que odien a la iglesia. Lactancio, el apologista cristiano del siglo tercero, dijo respecto al escándalo que causaba el mal testimonio de algunos cristianos, que los paganos rechazaban al cristianismo con este argumento: “Cómo podemos pensar que el maestro sea bueno, cuando sus discípulos son tan malos.”

Salviano, un servidor cristiano del siglo V, se quejó de que el caminar liviano de algunos creyentes fue la causa para que muchos paganos reprocharan a Cristo, diciendo: “Si Cristo hubiera enseñado la doctrina santa, seguramente sus seguidores se conducirían en un mejor vivir”, y más adelante vuelve a afirmar que los paganos desprecian al cristianismo por la inconsecuente vida que llevan frente a lo que ellos dicen creer: “¿Dónde”, dijeron ellos, “está la buena ley que dicen creer? ¿Dónde están aquellas reglas de piedad que ellos aprenden? Ellos leen el santo evangelio, pero son sucios; escuchan las escrituras de los apóstoles, pero aún son borrachos; ellos siguen a Cristo, pero desobedecen a Cristo; profesan una ley santa, pero se conducen en vidas impuras.”

Así como las vidas impías de muchas personas son ocasión para que otros desprecien a Dios y blasfemen de Cristo; el poder de la santidad práctica es muy influyente para ganar al peor de los hombres. Las vidas santas de los cristianos hicieron que los paganos exclamaran: “Sin duda este es un buen Dios, cuyos siervos son tan buenos.” El hombre santo es uno entre mil (2 Tes. 1:3-5).

5. En quinto lugar, considera que la santidad no es un solo un honor en la persona que la tiene, sino que es un adorno y honor para los lugares y las personas que se relacionan con el santo. La santidad del padre es un honor para el niño, ese fue el caso de Abraham para Isaac. La santidad del niño es un honor para el padre, así como lo fue Isaac para Abraham. La santidad del marido es un honor para la mujer, como lo era Abraham a Sara; y la santidad de la mujer es un honor para el marido, tal como lo fue Sara para Abraham.

Proverbios 12:4 dice: “*La mujer virtuosa es corona de su marido*”. En el hebreo se utiliza una palabra que da a entender: una mujer fuerte, valiente, es decir, una mujer que se hace fuerte y valiente por la gracia de la santidad, para resistir al pecado, para vencer la tentación y triunfar en la aflicción.

La corona es la parte superior del honor, de la realeza y de la gloria. Una esposa virtuosa es eso para su marido. Una mujer dulce, de buen carácter es como un anillo de oro en el dedo de su marido; una mujer trabajadora y capacitada es como una cadena de oro en el cuello de

su esposo; pero una esposa santa y virtuosa es como una corona sobre la cabeza de su marido.

La santidad de los gobernantes es un adorno para el pueblo, y viceversa. La santidad del maestro es un honor para los alumnos, y viceversa. La santidad de un hermano es honor para el otro hermano.

Las personas santas son un honor para los lugares donde nacieron o se han criado, de hecho, la Biblia dice: *“Y de Sión se dirá: Este y aquél han nacido en ella, y el Altísimo mismo la establecerá. Jehová contará al inscribir a los pueblos: Este nació allí”* (Sal. 87:5-6). Dios parece estar muy impactado y toma mucho placer en los lugares donde las personas santas nacen. El ama el suelo que los santos pisan, y se deleita en el aire que las santas personas respiran.

Los santos patriarcas, los profetas y los apóstoles fueron el honor y la gloria de los tiempos y los lugares donde vivieron. Los puritanos fueron la gloria del siglo XVII, de Inglaterra y de las colonias americanas. Fueron como muchas estrellas brillantes de la mañana, eran como el sol naciente en los lugares donde nacieron y se criaron. Melancton, el reformador discípulo de Lutero, fue llamado el fénix de Alemania, y Lutero fue la gloria de la Edad en que vivió.

Las personas no santas son una plaga y una maldición para el lugar donde viven. Ellos hacen que la ira de Dios descienda sobre dicho lugar. Fue la maldad de los impíos la que trajo el diluvio sobre el mundo primitivo. Fue la maldad y la inmundicia de los sodomitas las que causaron que Dios hiciera llover el infierno sobre sus ciudades.

Las personas santas son un honor y una bendición para los lugares donde nacen o donde viven.

Amigos, ¿quieren ser de bendición y honor para sus familias, empresas, ciudades, estados y países donde viven? Busquen y persigan la santidad real.

Nuestras naciones latinoamericanas, y España misma, no han tenido muchas personas santas que las dignifiquen. Estamos muy lejos de naciones como Inglaterra, Alemania, Holanda, Suiza o Estados Unidos de América. Ellos tuvieron a sus Calvinos, Luteros, Swinglios, puritanos, Johnatan Edwards, entre otros. Nosotros hemos padecido siempre de

escases de santos. Que esta verdad te lleve a amar y buscar la santidad, que sólo puede ser hallada a través de la fe sincera en Cristo, quien murió y resucitó para convertir a muchos pecadores en santos.

6. En sexto lugar: considera que la santidad es la marca y el atuendo distintivo de los siervos de Cristo. Dios dice de su pueblo: *“Ciertamente mi pueblo son; hijos que no mienten, y fue su Salvador”* (Is. 63:8), y en el versículo 18 se les llama: *“tu santo pueblo”*. El pueblo de Dios es demasiado santo para mentir, ni siquiera van a mentir por el bien propio: *“Y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios”* (Ap. 14:5). Ellos prefieren morir antes que mentir. En ellos no se encontrará la mentira “piadosa”, ni la mentira que se dice en broma, ni la mentira perniciosa.

Santidad al Señor es la marca que Dios pone en sus escogidos: *“Santo era Israel a Jehová, primicias de sus nuevos frutos”* (Jer. 2:3). Dios ama estar en compañía de los santos: *“Sabed, pues, que Jehová ha escogido al piadoso para sí; Jehová oirá cuando yo a él clamare”* (Sal. 4:3). Dios ama maravillosamente a los piadosos, a los misericordiosos, a la persona santa, al que está lleno de su gracia.

Así como la casa de Rahab pudo ser identificada por el cordón rojo y Pedro por su forma galilea de hablar; los cristianos verdaderos son conocidos por su santidad. La santidad es lo que diferencia a un verdadero cristiano de la gente mundana. En los tiempos primitivos el cristiano se diferenciaba de los demás hombres por la santidad de vida, lo mismo debe ser hoy.

La Biblia dice que el Señor Jesucristo *“fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de Santidad, por la resurrección de entre los muertos”* (Rom. 1:4). La semilla de la santidad que nos es implantada en la regeneración y la práctica de la santidad, nos declaran hijos de Dios. La fe en Cristo, a través de quien somos constituidos hijos de Dios (Juan 1:12), nos lleva a buscar incesantemente la santidad, sin ella no hay evidencias de salvación: *“Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso”* (2 Cor. 6:17-18).

Los adoradores de la bestia y del anticristo serán conocidos por la marca que tendrán estampada en ellos, así mismo los adoradores de Cristo, el pueblo de Dios, serán conocidos por la marca de la santidad que Cristo ha puesto en ellos.

Dios da el título de “santos” a su pueblo unas 80 veces en las Sagradas Escrituras, mostrando así el placer que Él experimenta al querer que sus hijos sean conocidos por este título más que por cualquier otro epíteto.

En cuanto a aquellos que portan el título de santos, aunque su naturaleza no es santa; que tienen un nombre de piadosos pero en realidad son impíos; que creen estar en salvación, pero no tienen la gracia en ellos; que portan un nombre de estar vivos, pero en realidad siguen muertos espiritualmente; Dios, un día, los desenmascarará y los arrojará al infierno con todos los que hacen iniquidad (Ap. 13:16; 14:9-10).

Un santo profano no es más que un demonio de luz, es un monstruo entre los hombres. Cristo sufrió y murió en la cruz con el fin de convertir a los pecadores en santos, a los rebeldes en espirituales, a los licenciosos en obedientes. Todo lo que él sufrió fue con el fin de estampar su sello de la santidad sobre los suyos. Por lo tanto, si tú eres de Cristo, tienes ese sello sobre ti. Y si el sello de la santidad está sobre ti, Dios lo declarará a todo el mundo. Él dirá: *“Estas son mis ovejas, estos son mis hijos, yo los conozco por la marca de la santidad que está sobre ellos”*.

7. En séptimo lugar, considera: un hombre de santidad es una bendición para los demás. Todo irá mejor por la presencia de un hombre santo. En la familia, en la empresa, en la ciudad, en el país; la presencia de una persona santa será una bendición para todos.

A la familia de Labán le fue bien, por la presencia del santo Jacob. A Potifar y a la corte del Faraón les fue mejor en todos sus asuntos, por la presencia del santo José. Los juicios de Dios no descendieron sobre Sodoma mientras el santo Lot estuviera en ella. Cuando el santo Finees tomó su incensario y se puso entre los vivos y los muertos cesó la mortandad (Gén. 30:27; 19:21-24, 41; 2 R. 2:12; Sal. 106:23; Núm. 26:46, 49).

Las personas santas son “misericordias y bendiciones públicas” (Job 22:30). Dios podrá librar de tragedias a una nación, por la presencia de una persona santa, pero también

castigará a un Estado por el bien de sus santos. Si en Sodoma se hubiesen encontrado diez personas santas, tal vez estuviera en pie en el día de hoy (Gén. 18:32).

La gente santa es la que sostiene a los Estados, sino fuera por ellos, la desolación y la destrucción vendría sobre las naciones como un río: *“Como pasa el torbellino, así el malo no permanece; más el justo permanece para siempre”* (Prov. 10:25). El sentido en el hebreo es el siguiente: *“Los justos son el fundamento del mundo, el cual pronto se destruiría y estaría en la ruina, sino es por el bien de ellos”*.

Si la simiente santa se extinguiera en este mundo, Dios muy pronto lo destruiría en fuego y azufre. Cuando en un país los santos disminuyen en número, es una señal del juicio divino sobre dicha nación.

La seguridad y la fuerza de una nación no se encuentran en su ejército o en su armamento, sino en la simiente santa que habite en medio de ella. Es la piedad y la oración de los santos la que impide los juicios divinos y la que estorba el avance de sus enemigos. Las oraciones de los santos hacen que las lluvias de las misericordias divinas caigan sobre muchas naciones (Compare Lam. 4:1-2 con Ester Capítulos 4 y 10).

Las personas santas son la nube que riega la tierra con la bendición común (hay bendiciones especiales que sólo son para los creyentes), y son el sol naciente que dispersa las nubes y la oscuridad. Un hombre santo es una bendición pública que se difunde en todo el lugar donde habita. Así como un pecador destruye mucho bien (Ecl. 9:18), un santo puede ser la salvación de un lugar o de un país: *“Recorred las calles de Jerusalén, y mirad ahora, e informaos; buscad en sus plazas a ver si halláis hombre, su hay alguno que haga justicia, que busque verdad; y lo perdonaré”* (Jer. 5:1).

A pesar de que Jerusalén era grande y su población numerosa, si se pudiera encontrar una sola persona que fuera justa y piadosa, él no la destruiría. Esta es una grande y noble oferta, si sólo hubiera un hombre divinamente calificado, una persona justa, de fe, de rectitud, de santidad, el Señor no destruiría la ciudad. Si entre el pueblo común, o entre los nobles, o entre los ricos, o entre los eruditos hubiese encontrado a alguno que amara la santidad, que fuera fuerte en justicia y practicara la rectitud; Dios habría salvado a Jerusalén. Una santo

puede salvar a una ciudad o a un mundo de pecadores de la confusión y la destrucción temporal.

¿Deseas ser bendición para la generación, la ciudad y el país dónde vives? Busca la santidad verdadera.